

«**Q**UE todos los ciudadanos vietnamitas, sin distinción de origen, se unan para combatir al agresor americano a lo largo y a lo ancho de la geografía de Vietnam...». La proclama del general Giap, difundida el 11 de abril en Hanoi, clausura definitivamente el debate en torno a la participación de los vietnamitas en la guerra.

¿Quién podía proclamar la unificación de la guerra y el fin de toda ficción dualista mejor que el hombre cuyo pensamiento estratégico e imaginación táctica han venido orientando sin cesar el curso de la guerra desde hace treinta años, desde que, en mayo de 1941, se constituyeron en la frontera china los primeros grupos de guerrilleros, el hombre cuya vida, cuya palabra, cuyos escritos coinciden estrechamente desde entonces con el combate del Ejército popular?

Võ Nguyen Giap nació en 1911 en Qang Binh. Con quince años, Giap milita ya en un pequeño partido extremista, el Tan Viet, que pronto se unirá al naciente P. C. A sus veinte años, Giap enseña Historia en el colegio Thanh Long, de Hanoi. Nueve años después pasa a la clandestinidad y más tarde a China, en el momento de la represión anticomunista de 1939. En China, Giap conoce, en Yun-nan, al hombre que iba a dar a su vida, si no un sentido, por lo menos una plenitud y una certidumbre.

«Un hombre de edad madura, vestido a la europea, tocado con sombrero de fieltro, se acercó a nosotros —refiere Giap—. Al compararlo con una foto suya que databa de hacía veinte años y que yo llevaba siempre encima, me pareció más vivo, más alerta. Era un hombre de una luminosa sencillez. Desde el momento en que nos conocimos nos sentimos unidos por una profunda amistad...». Ho encontró en Giap a un fiel discípulo, y éste en Ho a su «guru». Era el mes de mayo de 1940.

La mujer de Giap, detenida a raíz del paso de éste a la clandestinidad, muere en la cárcel. Su hermana, militante también, es ejecutada. Estos hechos intensifican la pasión política de Giap, quien se impone junto a Ho Chi Minh como el «militar», al tiempo que Pham Van Dong se afirma como el político y Truong Chinh asume el papel de teórico. En diciembre de 1944, Giap crea la «brigada de propaganda armada», núcleo del Ejército popular que asestará los primeros golpes al colonizador francés, pronto sustituido por el ocupante japonés. Seis meses después, Giap se lanza sobre Hanoi, prepara el golpe de Estado y la entrada de Ho, quien, el 2 de septiembre de 1945, proclama la independencia. En el primer Gobierno vietminh, Giap ocupa el cargo de ministro del Interior y lleva a cabo una política de mano dura contra nacionalistas y trotskistas.

Fue durante las negociaciones con los delegados franceses, Sainteny y Pignon, cuando yo conocí por vez primera a aquel hombrecillo de frente abombada, de ojos apasionados, tan frágil y tan fuerte a un tiempo. Si Beethoven hubiese sido vietnamita, pensé absurdamente entonces, seguro que habría tenido una cabeza como aquella.



Treinta años después de haber desencadenado la guerra de guerrillas revolucionaria, el general Giap tiene por fin ocasión de aplicar su propia máxima: «Sólo la guerra regular permite el aniquilamiento del enemigo».

VIETNAM

EL VOLCAN BAJO LA NIEVE

Después de conocer a Ho Chi Minh, especie de pintoresco franciscano, uno no podía evitar un gesto de sorpresa ante la rudeza elocuente y la violencia directa de aquel joven implacable. ¡Qué imaginativa pasión la suya! Decididamente, aquella revolución no estaba aún en manos de los burócratas. Dos semanas más tarde, el general Leclerc desembarcaba en Haifong en virtud de los acuerdos firmados por Ho Chi Minh y Sainteny. Giap le recibió, puño en alto, con las siguientes palabras: «¡Es un placer saludar en usted a un combatiente como yo!».

Algunos meses más tarde, en Dalat, Giap se reunía con un negociador francés llamado Pierre Mess-

mer, entonces miembro de la SFIO. Entre ambos se estableció un tuteo socialista, que confería un extraño tono a la polémica. Con lágrimas en los ojos, inspirado por el aliento de la revolución y el sentimiento vietnamitas, Giap evocaba poderosamente la represión desencadenada en la Conchinchina. Había en sus palabras, en sus gestos, algo irreductible, irresistible, que es lo que tan fuertemente consigue vincular al movimiento vietnamita a todos aquellos que han sido testigos o compañeros de Giap.

Pero ni lo que Giap definía entonces, entre nosotros, como el «cordial desacuerdo de Dalat», ni las discusiones de Fontainebleau pudieron

evitar una guerra de siete años, una guerra que convirtió a aquel hombrecillo de frente abombada en uno de los más grandes estrategas del siglo XX, tan original con relación a Tujachevski como respecto a Lin Piao, Budienny o Peng Teh-huai. Este mismo hombre incita ahora a sus conciudadanos a desencadenar una ofensiva «a lo Patton», citándoles el ejemplo de las hermanas Trung, las Juana de Arco del siglo de los Han.

En la guerra contra Francia, dos acciones, sobre todo, expresan la personalidad y el pensamiento de Võ Nguyen Giap: Vinh Yen y Dien Bien Fu. Vinh Yen (principios de 1951) representa un desafío al general De Lattre. El Ejército popular pasa de la «guerra de guerrillas» a la «contraofensiva general». Viendo cómo De Lattre galvaniza al cuerpo expedicionario francés, Giap decide no recurrir a las prudentes guerrillas, sino acelerar la formación de las grandes unidades, y así lanza a sus nacientes unidades contra el cemento que utiliza el general francés para la defensa de sus tropas. ¿A qué obedece este cambio de táctica? ¿Es un simple gesto de orgullo o un decidido intento de descolonizar espíritus y técnicas? Giap paga cara su audacia. Pero el Ejército popular tiene, a partir de ese momento, más altos objetivos, horizontes más amplios.

Tres años más tarde tiene lugar la gesta de Dien Bien Fu. Giap podría utilizar sus fuerzas como un ejército de termitas, podría continuar indefinidamente la subversión; sin embargo decide utilizar masivamente las armas que acaba de recibir de sus aliados soviéticos y chinos, convirtiendo así a su artillería en árbitro del combate. Por vez primera en la Historia, un pueblo colonizado utiliza victoriosamente contra el colonizador la misma técnica con que éste le había reducido a la servidumbre.

El triunfador de Dien Bien Fu no se ha convertido ni mucho menos en una figura de museo de cera. Desde que el partido de los trabajadores vietnamitas decidió, en septiembre de 1959, prestar todo su apoyo al alzamiento popular del Sur, Giap no ha dejado de proporcionar a los guerrilleros ideas, directrices, apoyo, armas, cuadros efectivos, provisiones. ¿Manda? ¿Inspira? Se dice que al general Giap no le entusiasma demasiado el desencadenamiento de la ofensiva del Tet de 1968, que él consideró una «audacia izquierdista».

La operación desencadenada el 30 de marzo pasado lleva, por el contrario, su marca. Para juzgarla, basta referirse al último de sus textos teóricos, es decir, al panfleto publicado en Hanoi en 1970 bajo el título de «la guerra de liberación nacional en el Vietnam». Son dos las ideas fundamentales contenidas en este ensayo estratégico:

— La primacía absoluta concedida al espíritu ofensivo: «La revolución es la ofensiva. (...) (La ofensiva) inspira el pensamiento militar tradicional de nuestro pueblo. (...) Nuestros alzamientos y guerras de defensa nacionales comportaban fases de repliegue estratégico, pero el pensamiento dominante era en

el fondo siempre estratégico desde Le Loi hasta Nguyen Hue».

— La necesidad de pasar lo antes posible de las guerrillas a la guerra clásica: «Las guerrillas permiten a las masas desencadenar insurrecciones y hacerse con el poder en la misma base. Sin embargo, sólo la guerra regular (con el apoyo de las fuerzas de guerrillas) permite aniquilar al adversario, liberar vastas regiones. (...) Las guerrillas deben evolucionar y transformarse en guerra regular».

Nada sería más vano o absurdo que personalizar lo que es evidentemente una estrategia colectiva. Del mismo modo en que Truong Chinh fue antes que él, en 1947, el codificador de la estrategia revolu-

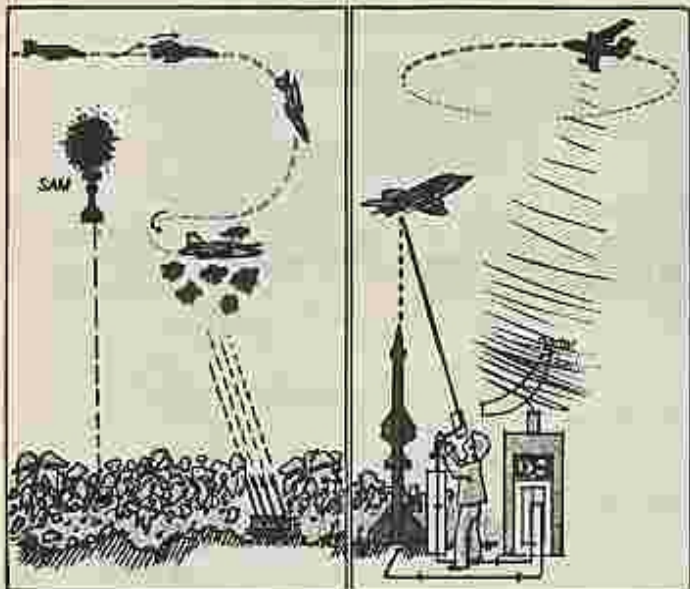
cionaria, el colegio depositario de las directrices de Ho Chi Minh es actualmente responsable común de las iniciativas revolucionarias vietnamitas, que no se toman exclusivamente de Hanoi y en las que participa el G. R. P. en la medida de su posición estratégica y de los artículos que realice.

Pero es tan fuerte la personalidad de Giap, tan viva su imaginación, tan grande su prestigio, tan vigoroso su temperamento que hay que estar sordo para no oír cómo resuenan, tras las paredes de la sala donde se reúnen a deliberar, el colegio de los herederos de Ho, la voz de aquel al que sus camaradas de juventud llamaban «el volcán bajo la nieve». ■ JEAN LACOUTURE.

LOS TELESCOPIOS DE HANOI

«Una fortaleza B-52 ha sido derribada por la DCA vietnamita», anunció triunfante Hanoi. La rectificación posterior, en el sentido de que el avión derribado el domingo de Pascua, por un cohete suelo-aire de fabricación soviética tipo «Sam», no era un B-52, sino un simple bombardero EB-66, no ha restado nada al triunfo vietnamita ni ha dilapidado tampoco la confianza reinante en Washington. En efecto, si bien el EB-66 es un bombardero de modelo antiguo, está dotado de un equipo electrónico particularmente completo, que debería, teóricamente, ponerle a salvo de los cohetes, y permitirle descubrir y destruir las rampas de lanzamiento. «Si un EB-66 hace correctamente su trabajo —dice un antiguo piloto—, no puede ser destruido por un «Sam». Pero esto es algo que ha ocurrido. Mal síntoma. Síntoma claro de los problemas realizados por los vietnamitas en materia de defensas antiaéreas. Con su tradicional ingenio, los vietnamitas han aprendido a frustrar una tras otra todas las maniobras del enemigo. Desde hace años, los aviones americanos han venido recurriendo inevitablemente a la misma táctica frente a los disparos de los cohetes «Sam»: las aviones que vuelan a una altura de seis mil metros, pican bruscamente hacia el suelo para volver a remontarse, dibujando en el cielo una especie de «8». Los vietnamitas han tomado buena nota de esta maniobra, y actualmente los aviones son separados a baja altura por el fuego nutrido de la artillería clásica.

Y lo que es aun más ingenioso, la sustitución del radar por sistemas ópticos de detección, que no sufren las interferencias de los aparatos electrónicos instalados a bordo de los EB-66. El avión enemigo es localizado a través de un telescopio por un operador que está en tierra. Los movimientos imprimidos al telescopio son comunicados a un ordenador —conectado con los misiles— que indica a éstos la trayectoria que deben seguir. Desde 1966, los americanos han perdido cerca de mil quinientos aviones de combate en el Sudeste asiático. Las pérdidas registradas durante los tres primeros meses de 1972 no han sido publicadas. Se sabe sin embargo, que superan ampliamente a las del período correspondiente de 1971, cuando fueron derribados veintidós aviones.



La Capilla siXtina

CUESTIONARIOS

Por Televisión Española dan un interesante programa, es el que a un limitado número de lectores se les somete al cuestionario Marcel Proust. Hasta ahora, dos respuestas dignas del premio a la sinceridad: el señor Mario Antolín, antes que su personaje histórico más admirado es Mussolini, y Alfonso Sánchez, a la pregunta, «¿Que lo habría gustado ser en la vida?», respondió: «Gaucho».

He de confesar que muero de envidia cada vez que veo programas así. No es que yo sea tan famoso como el entrañablemente bulfuciente Alfonso Sánchez, o el político dramático, señor Antolín (el calificativo de dramático lo viene porque ha sido, o es, o será, subdirector general de Teatro); pero alguna fama tengo. Al menos me conocen los cinco millones de lectores potenciales que tiene la revista TRIUNFO.

Mi pequeña fama, ¿no merecería el premio de un cuestionario Marcel Proust? Mucho me temo que no. Televisión Española no me perdona que estuyera contra el general O'Donnell, allá por los años cuarenta del siglo XIX, y me tiene muy prejudicado. Esos prejuicios cuestan inversiones superadoras que no están al alcance de mi espíritu. Así que no me queda otra solución que hacerme yo mismo un cuestionario y contestarlo, abusando una vez más de la infinita paciencia que los objetivos diligentes y lectores de TRIUNFO tienen para con mis subjetividades.

Por ahí también circula un cuestionario aplicado a deportistas. Les preguntan qué país es el más bonito del mundo, qué ciudad la más bella, a qué personajes históricos les gustaría conocer. Los chicos se van definiendo, sobre todo en el asunto del personaje histórico preferido. Predominan Paulo VI y el Presidente Nixon, dato que facilito a la comprensión de ese sorprendente análisis pollino que es el excelentísimo señor gobernador de Santander, don Claudio Colomer Marques. Nixon y Paulo VI son centristas, donde los hayas.

A mí me gustaría que me cuestionaran. Sueño en que aparez-

co en la pequeña pantalla, y Ciriaco Rodríguez me pregunta:

—¿Que personaje histórico admira más?

—Se me hace difícil la respuesta, porque tengo, al menos, dos.

—En su caso haremos una excepción. Diga los dos nombres.

—Hitler y don Blas Piñar.

—¿Qué lema le gustaría que figurara sobre su tumba?

—Del Rey abajo, ninguno.

—¿Qué país le gustaría conocer?

—Brasil.

—¿En qué país le gustaría pasar sus vacaciones?

—En Grecia.

—¿Qué admira usted más en la mujer?

—La modestia y la fidelidad.

—Y en el hombre?

—El orgullo y la audacia.

—¿Que inteligencia admira usted más entre todas las que ha aportado, hasta ahora, el devenir de los siglos?

—Ramiro de Maeztu y Menéndez y Pelayo, «fifty-fifty».

—¿Que empresa histórica le habría gustado protagonizar?

—La defensa de Numancia.

—¿Que ejemplo pondría usted de máxima virtud histórica?

—El de Asurbanipal. Tenía cogida por los cabellos la cabeza de un rey egipcio enemigo y vencido, y con la otra mano blandía un alfiler. Pero antes de rebanar la turba hebrea del enemigo, dijo con lágrimas en los ojos: «Te perdono, desgraciado. Te mato sin rencor, ignorante. Que eres un ignorante. Y le rebanó el cuello de un tajío».

—¿Que recomendaría usted a las promociones de publicistas que vienen?

—Que respeten la dieta. Que no cargan en el pocumioso orgullo de creer que la verdad no tiene límites.

—¿Que consejo daría usted a sus hijos para que fueran hombres de provecho?

—Muéstas, nunca, hijos míos. Antes la muerte!

—¿A qué aspira usted en esta vida?

—Pero aún no le he dado suficientes pistas con mis respuestas, muchacho?

SIXTO CAMARA